

DONATINO  
DE D.  
MADRID  
DE

# La Moda Práctica

AÑO III.

MADRID 12 DE ENERO DE 1910

NUM 107



J.B.C.

# La Moda Práctica

ILUSTRACIÓN SEMANAL DE LAS FAMILIAS.

Esta Revista no se vende por números sueltos. Solo se sirve por suscripción al precio de 50 céntimos al mes en Madrid y al de 2,25 pesetas al trimestre en Provincias.—Número suelto á los suscriptores: 20 céntimos.

Redacción y Administración: Calle de la Colegiata, 7.—Teléfono 574.—Apartado de Correos 97.—Madrid.

## EXPLICACIÓN DE nuestras planas en color.

En nuestra portada, dos nuevos modelos de *lilettes* hechura sastrera para terminación de la temporada de invierno.

El primero es una sencilla chaqueta de un pecho, cerrada con un solo botón, á la americana; solapa baja, cuello de sésen, manga recta sin adorno y carteras sesgadas.

La falda, corta y redonda, va confeccionada á grandes tablas, llevado respunteado e tintero anterior hasta un poco más abajo de las rodillas.

El segundo modelo es muy semejante al anterior; varía en que, así como aquél está inspirado en la prenda masculina de moda, este otro lo está en el *smoking*.

Es una *toilette* muy original, para confeccionar en paño fino negro mate; la chaqueta es cerrada, con solapas y cuello entero, con vueltas de raso negro brillante y presillas de cordoncillo de seda. Su forma es entallada, y las mangas llevan de adorno una vuelta de raso en su parte baja.

En la doble plana de colores, con el número 1, traje juvenil en sarga; cuerpo blusa recogido á la cintura con pliegues y cerrado á un lado, y bordado de cordoncillo, con finas tirillas de *soutache*; botones de pasamanería; volantes en encaje de tul y cintura de tela. Falda con volante añadido al lado; delantero cortado montado á sobreplantes y guarnición como la blusa.

Número 2.—Traje sastrero en paño rayado, cortado en doble sentido. Chaqueta semi-ajustada, con canesú; cuello vuelto adornado de raso ó terciopelo; los reversos y botones de tela. Falda corta, guarnecida como la chaqueta.

Número 3.—*Toilette* de tarde en paño de seda; cuerpo blusa con canesú, bordado de pasamanería de la misma tela; camiseta en encaje de tul con pechera y cintura en Liberty. La falda y la tónica se componen cada una de tres partes: la primera es cubierta de tela hasta casi la rodilla; banda de Liberty y cierre por detrás.

Número 4.—Traje sastrero en cheviot. Chaqueta semi larga con espalda ajustada, cerrada por dos hileras de botones de acero. Falda de tres pliegues con volante añadido y cortado con el delantero.

Número 5.—*Toilette* de tarde en paño de damas ó cachemira, con ribetes bordados al cordoncillo en el mismo tono. Cuerpo blusa cerrado al lado; botones de pasamanería; plastrón de encaje; falda corselete con cintura de Liberty añadida; pliegue coliseado en el bajo y volante añadido.

Número 6.—*Toilette* de tarde, también en cachemira; cuerpo que pasa

sobre la falda con un cruzado de pliegues y hace á la vez de cintura; chaleco bordado en el mismo tono; botones de tela; plastrón de tul y cierre por delante al lado. Falda con tres paños bufante en el bajo, y los otros con pliegues ahuecados por detrás, donde lleva el cierre.

Número 7.—Traje sastrero en homespun, con chaqueta semi-ajustada y faldón añadido, cortado con los delanteros; solapas chicas y bolsillos en terciopelo, rodeados de tela; botones de la misma tela. Falda unida.

Número 8.—*Toilette* para señoritas, en sarga; cuerpo blusa montado á sobreplantes; cuello doble adornado de trenilla y bordado en *soutache*; plastrón y cintura en Liberty negro; botones de pasamanería. Falda cortada en dientes y aplicación análoga; volante añadido.

En la última plana, labores artísticas por M. Sa'vi.

Número 1.—Sache de pañuelos. Forma sobre en raso blanco. La tela debe ser de doble tamaño, y es preciso trazarlo sobre abierto, porque la abertura del saco es igual á la forma de un sobre; su ejecución es con cordoncillo de plata y las pasadas con hilillo también de plata. Este saco de pañuelos es original y de un costo precioso.

Números 2 á 7.—Enlaces AG, BG, CG, DG, EG, FG, para bordar en pañuelos.

Número 8.—Nombre de Isabel para bordar en sábanas al rededor, punto de armas y enjabado, con agodones maravillosos.

## ECOS DE LA MODA

Modistos parisienses que deben ser tenidos por oráculos en cuestiones de «trapos», señalan la aparición de una novedad que, si las modas se hubiesen inspirado siempre en la lógica de las cosas, hace tiempo que debiera haberse inventado. Es á saber: que los trajes de baile no lleve cola. ¿Por qué eso contrasentido de hacer las *toilettes* de baile con una larga cola? ¿Es para facilitar así el tropezón de las danzarinas? Este año, repetimos, se ha vuelto por los fueros de la razón, y anúnciase que los vestidos de bailes serán de falda redonda. La seda, á ras de tierra, y como adorno, el tul, la muselina y el encaje, hasta las rodillas. En esta clase de *toilettes* puede campea la originalidad de la fantasía y el lujo más refinado.

Los trajes «hechura sastrera», confeccionados en lana, es una moda que no pasa nunca. Es la

forma preferida para el paseo, para ir de compras y para visitas que no sean de cumplido. Sabido es que estos trajes se complementan con el adorno—indispensable este año—de las pieles: zibelinas y skungs, para diario; para más vestir, el armiño.

He aquí un lindo modelo «de última» para traje de paseo. En terciopelo, forma princesa, con una especie de peto en paño bordado *ton sur ton*. El borde de la falda, también en paño, con adornos de *soutache*. La combinación hace muy buen efecto. Echarpe de armiño con rodillos de skungs y enorme manguito, cuyo peso, desde luego, no sea proporcionado á sus dimensiones.

En los trajes de ceremonia aparece también lo que decíamos al principio de esta crónica. ¡La crisis de la cola! Dichosamente, la novedad no es costosa, pues nada más fácil que «meter la tijera» en los vestidos del año pasado. Acostúmbrense las damas á hacer arreglitos en sus trajes. Lo efímero de las modas así lo exige. ¿Por qué tener el armario lleno de trajes que sólo con una ligera reforma aún pueden muy bien seguir «haciendo el avío»?

Un bonito modelo de traje de baile. En raso, botón de oro, con tónica de muselina de seda negra, cayendo en *paniers* redondeados hasta las rodillas. En esta muselina van bordadas en relieve grandes rosas de tela formando guirnalda. El cuerpo de gasa, con un camisolín de encaje, plastroneado el primero con flores, en cuyo matiz ha de seguirse el tono del fondo de raso. La originalidad de esta *lilette* estriba en que se vea por debajo así como una cuarta del raso sin otro adorno que una *ruchette*.

Entre los tejidos más nuevos vienen unos *moirés* con fondo de oro, lampás con flores de reflejos metálicos, terciopelos de tintes suaves, tan flexibles que puedan pasar por una pulsera, maravillosas imitaciones de los puntos de encaje, gasas transparentes cuyos tonos superpuestos dan la noción del arco iris. En una palabra, todo lo que pueda imaginarse de sun-

tuosidad y delicadeza á propósito para realzar los encantos de la hermosura nativa. No nos detengamos á considerar lo que cuestan estas bagatelas lindísimas. Si podemos lucirlas, que adornen, en buen hora, vuestros esculturales cuerpos. Si no están á nuestro alcance, paciencia y conformidad y, además, alegría de espíritu, que nada es tan feo como la envidia y el enojo del deseo no satisfecho. Yo, cronista de modas, tengo la obligación de señalar lo más nuevo que «sale»; pero no quiero hacerme responsable de las calamidades que suele acarrear en las mujeres modestas el afán insensato por los trapos de lujo. Después de todo, vosotras, las que no podéis disfrutar de tales *bambollas* ¡consoláos, hijas mías!, que muchas aristocráticas señoras dieran de buen grado todos sus perifollos en cambio de las gracias naturales con que legítimamente podrán ufanarse muchas suscriptoras de LA MODA PRÁCTICA. La riqueza es algo que puede adquirirse. Pero el palmito, como Dios no diga ¡allá va eso!..., no hay medio de lograrlo, que, «aunque la mona se vista de seda»...

Respecto á los adornos, la pasamanería se lleva la palma en la presente estación. Ello es lo que priva.

¿De abrigo? Las chaquetas de terciopelo, los levitones de paño, muy largos y, sobre todo, los confeccionados en piel y de formas varias.

LA CONDESA FLOR DE LIS



Enlace de las letras JP para ropa blanca de señora.

Festones para bordar, Fuentes, 7.

## EL ÚLTIMO BESO

Durante la última guerra civil, tan pródiga en episodios sangrientos, ocurrió el que voy á dar á conocer á mis lectores.

Después de cruenta batalla, en que la sangre de hermanos corrió á torrentes, y á la que puso fin la llegada de la noche, se retiraron á sus respectivos campamentos los ejércitos liberal y carlista, diezmados terriblemente, pero dispuestos á recomenzar el combate apenas alumbrasen los primeros rayos del sol.

Grande había sido el número de muertos por ambas partes, pues convencidos los combatientes de que al caer en poder de sus enemigos no obtendrían otra cosa que prolongar unas cuantas horas su vida, preferían dejarse matar sobre el campo de batalla á caer prisioneros. Esta guerra sin cuartel se llevaba hasta con criminal rigurosidad en las filas carlistas; no así en las liberales, donde imperaba más el espíritu de humanidad.

Llena esta la Historia de multitud de fusilamientos, llevados á cabo por las tropas del pretendiente sobre indefensos prisioneros, que no habían cometido otro delito que no participar de sus ideas y haberles combatido momentos antes, noble y lealmente.

Unos cuantos defensores de la libertad habían sido hechos prisioneros en aquel combate por las tropas carlistas.

Ninguno de ellos abrigaba esperanzas respecto á la suerte que les aguardaba, y, efectivamente, reunidos los jefes carlistas en rápido Consejo de guerra, habían acordado, por unanimidad, que fuesen fusilados al amanecer del día siguiente.

Entre los primeros, el de más graduación era un capitán, que trisaría en los treinta años. Por un resto de delicadeza, ó tal vez para mayor seguridad, había sido encerrado separadamente y puesto bajo la vigilancia de un alférez.

El rostro del prisionero, ennegrecido aún con el humo de la pólvora, no reflejaba el menor desaliento ni el más mínimo temor por la suerte que le esperaba. Parecía estar abstraído en otros pensamientos, y la proximidad de su muerte no debía hacerle experimentar la más pequeña sensación. Aquel hombre no estaba solo en el mundo; tenía esposa, á quien adoraba, y de esta esposa un hijo, y aquellos dos seres eran los únicos que constituían su felicidad y á los que no tendría el consuelo de volver á ver.

No temía á la muerte. Había ofrecido su vida en holocausto á sus ideas, y moría gustoso al sacrificarse por ellas; pero su corazón de esposo y padre se rebelaba ante la idea de morir sin dar el postrer abrazo á aquellos dos seres tan queridos. Esto era lo que le martirizaba.

Poder estrechar un momento á su esposa y á su hijo entre sus brazos, oír latir junto al suyo aquellos dos corazones, confundir sus almas en un postrer beso, beso de amor infinito, de eterna despedida, beso sublime que inmortalizaba el último pensamiento fundido en el crisol del dolor y que evocaba un cúmulo de recuerdos, de alegrías infinitas, de pasadas felicidades, que se unían en aquel momento, que separaba la vida de la muerte.

Este era su anhelo, y lo único

que le hacía experimentar intensa emoción, al ver cómo se acercaba la hora de su muerte y se alejaba de su corazón la esperanza de ver por última vez á su esposa y á su hijo.

El alférez encargado de vigilarle paseaba por la habitación y observaba muy atentamente al prisionero. Bruscamente se detuvo ante él, y le dijo: «Capitán, al rayar el alba seréis fusilado. ¿Deseáis alguna cosa? Tened la seguridad de que, si de mí depende, seréis complacido.»

El rostro del prisionero se iluminó. Vió en aquella oferta una esperanza de poder realizar su deseo, y habló al alférez.

No temía morir. Ni por un momento había pasado por su imaginación la idea de sustraerse á su muerte; pero era esposo y padre. A pocas horas de allí estaban los seres á quienes adoraba, y en aquellos supremos instantes no tenía otro pensamiento que verlos y abrazarlos por última vez. Eran las diez de la noche; hasta que apuntase el nuevo día, tenía tiempo suficiente para ir y volver. El le daba su palabra de honor de que antes de la hora señalada para su ejecución, estaría de regreso para presentarse ante el piquete que le había de ejecutar. Como él era militar, ya sabía que la palabra de honor de un militar era sagrada, y mucho más si el que la empeñaba estaba á las puertas de la muerte.

El alférez vaciló unos momentos. El también tenía seres queridos á quienes quisiera ver antes de morir. Estrechó la mano del capitán, y sabiendo de la habitación, volvió á los pocos momentos con un uniforme de oficial carlista y ayudó á ponersele al prisionero, diciéndole: «Marchad. Tenéis siete horas para ver á vuestra esposa é hijo. Confío en vuestra palabra.» El capitán, por un impulso irresistible, abrazó al alférez y salió de la habitación.

En tres horas anduvo las cinco leguas que separaban el campamento del pueblo donde vivía su esposa, tres horas que le parecieron tres siglos, y al cabo de las cuales creyó morir de felicidad al encontrarse á la puerta de su casa. Dudó si llamar; pero se contuvo al pensar que le faltaría valor para desprenderse de los brazos de aquellos pedazos de su alma, y decidió sorprenderlos durmiendo. Mejor era que ellos no supiesen el objeto de su llegada. Saltó la tapia del corral, y por una estrecha ventana entró en el interior de la casa.

A tientas recorrió unas habitaciones, y al fin se detuvo en la puerta de una alcoba. El corazón le latía apresuradamente, y su mano temblaba al contacto del picaporte. Ya iba á entrar, cuando un pensamiento le detuvo: ¿Estarían despiertos? Tentaciones tuvo de volverse sin verlos; pero la voz del corazón venció al fin, y abrió resueltamente y con cuidado la puerta.

Una lamparilla, colocada en la mesa de noche, y á los pies de un crucifijo, alumbraba la estancia.

En la cama se encontraba una mujer joven y bella, cuya rubia cabeza se reclinaba blandamente sobre la almohada. Tenía en sus brazos, que estrechaba amorosamente contra su pecho, un precioso niño. Su linda cabecita tocaba el rostro de su madre, y sus

desnudos bracitos formaban estrecho y dulce lazo alrededor del cuello de la joven. Era hondamente conmovedor aquel cuadro, y el corazón del capitán se desgarraba al contemplarlo, y sus ojos se arrasaban de lágrimas, teniendo que recurrir á todo su valor para contenerse y no abrazar y besar con locura á aquellos dos seres idolatrados.

El rostro de la joven presentaba señales inequívocas de haber llorado copiosamente, y su respiración se entrecortaba por fuertes suspiros, que parecían querer llevarse tras de sí el alma.

El capitán se inclinó sobre ella, hasta casi tocar su rostro, y entonces vió que tenía en las manos un medallón con un retrato suyo. ¡Quizá soñase con él!

Quedó inmóvil contemplándolo, poniendo en su mirada todo el amor que su alma atesoraba hacia aquellas dos criaturas, que tenían sangre de su sangre. Todos los momentos de suprema felicidad que en aquella habitación había gozado teniéndolos á ellos en sus brazos, estrechándolos contra su corazón, sintiendo la sensación del bienestar supremo al recibir sus caricias, dándole que hubiese otra dicha mayor que la que en aquellos momentos experimentaba; todo esto pasó en rápida visión por su mente, y se concentró en aquella última mirada de eterna despedida; en ella se encerraba todo el deseo contenido de estrecharlos entre sus brazos, de saciar la sed de besos y caricias que sentía en aquel supremo instante de decirles ¡hijo mío!, ¡esposa adorada!, voy á morir. Pero he querido que mi último pensar, el último aliento de mi corazón, la postrera manifestación de amor de mi alma, fuesen para vosotros; para ti, esposa mía, para nuestro adorado hijo, que dentro de unas horas llorará la muerte de su padre.

Lo que el desgraciado capitán

sufrió en aquellos momentos, la pluma no acierta á explicarlo. Mil veces tuvo tentaciones de abrazar á aquellos dos pedazos de su corazón, y se detuvo ante el temor de despertarlos. Sí, mejor era que no le viesen. No hubiera tenido valor para resistir á las súplicas de su esposa, al llanto de su hijo, y entonces hubiera tenido que faltar á su palabra.

Las campanadas de un reloj le volvió á la realidad, haciéndole recordar que su honor empeñado le reclamaba para el sacrificio. Se inclinó sobre su esposa y su hijo y depositó en sus frentes un beso, uno solo, el último beso; beso de infinita ternura, y con el cual les daba toda su alma. Se retiró precipitadamente de la cama; pero antes de llegar á la puerta se volvió. Quería dejarles un recuerdo de su último beso. Descolgó de su cuello un medallón con los retratos suyo y de su esposa, y los dejó sobre el pecho de su hijo, saliendo de la habitación.

Al rayar el día despertó la joven, y al inclinarse para besar á su hijo, vió sobre su pecho el medallón. Un grito de suprema angustia, de dolor supremo, salió de su pecho. ¡El! ¡Su esposo adorado había estado allí! ¡Y no haberle visto! ¡No haber abrazado quizá por última vez al padre de su hijo! Y trastornada, como loca, cogió al niño en brazos, y estrechándolo contra su pecho, cubría su rostro de ardientes besos, como si de esta manera encargasen al niño que los transmitiese á su padre.

En aquel momento, el capitán, al frente de sus compañeros, caía con la cabeza atravesada por las balas carlistas, murmurando: — ¡Esposa mía! ¡Hijo mío!

GERMÁN CUADRADO.



Modelo de cubierta de almohadón de encaje de hilo crudo y gruesos cordones.

(Dibujo de la señorita Pilar Huguet.)

# GRASSE, LA CIUDAD DE LOS PERFUMES



VISTA DE GRASSE, LA CIUDAD DE LOS PERFUMES



LA RECOLECCIÓN DE FLORES DE LAS PLANTAS TUBEROSAS



RECOLECTANDO LA FLOR DE LOS ROSALES



LA PREPARACIÓN DE LA FLOR EN LOS TALLERES DE LA FÁBRICA



EL LABORATORIO DONDE LAS OPERARIAS FABRICAN EL PERFUME



LOS TALLERES DE EMBALAJE DE LOS BIDONES DE ESENCIA

La principal industria de los Alpes marítimos del Mediodía de Francia, es la fabricación de los perfumes, centralizada en la actualidad en la pintoresca villa de Grasse.

Este paraje se presta tan á maravilla para la fabricación de perfumes, que Grasse, á pesar de las instalaciones primitivas, de las que aún se surte el comercio, es sin disputa el mercado más importante de Europa.

La especialidad de su fabricación son las esencias concentradas de azahar,

rosas, violetas y jazmín, que, expórtadas, son vendidas por los grandes establecimientos de perfumería de Londres, Berlín, París y San Petersburgo, para ser utilizadas en la perfumería del jabón de los polvos de arroz y otros artículos de la *toilette* femenina.

Para darse una idea de la enorme cantidad de flores que se consumen en las fábricas de Grasse, bastará decir que para la producción de un kilogramo de esencia hacen falta diez mil kilogramos de flores frescas.

# Estafeta de La Moda Práctica

**Una prima del Ojanco.**—Empiezo por besar la mano del señor Ojanco, su noble primo de usted. Y siento no tener el honor de conocerle. Está usted en un error al creer que yo «sé más que Carracuca», a quien si bien es verdad que tampoco conozco, he oído referir que era, ó que mejor dicho es, un pozo de ciencia. Me alegro muchísimo de que su boda de usted sea una cosa tan inmediata. Es costumbre que el novio obsequie a la novia el día de la petición con la «clásica» pulsera. Lo del *guat* que el día de la boda, depende de muchas circunstancias, aunque no he de ocultarle que á mi me parece que esta clase de fiestas deberían celebrarse en familia ó sólo invitando á unos íntimos, no oponiéndose á ello el que se festeje la ceremonia con un almuerzo.

Usted regale á su prometido una sortija, y él que, además del traje de novia, la obsequie con un buen par de pendientes. Digo esto, porque ya me dice que no son ustedes personas de posición modesta, cosa que yo celebró infinito.

El sarpuellido que le ha salido en el rostro á su señora mamá, que lo combata con el uso del Agua de la Belleza.

Para lo que me pide usted de las manos vea lo que en el número pasado digo á *Cogony*.

Acerca de lo que me dice en la última parte de sus consultas, ello se ha de remediar poco después del matrimonio.

**P. P.**—Se recibió su cupón y desde luego puedo asegurarle que entró en suerte.

**P. F.**—Hace usted mal en incomodarse porque no le llegó antes el turno de respuesta. No tengo noticia de las otras cartas á que hace usted referencia. Se recibió el cupón y, como todos, nos apresuramos á incluirle en sorteo. Modere, hija mía, sus impetuosidades.

**Lápiz lázuli.**—Aunque lamentablemente mucho darle una mala noticia, me veo obligada á manifestarle que, en mi opinión, ese caballero pretende hacer burla de usted. Obre en consecuencia. El veteado de los cabellos le desaparecerá con lociones de Agua Oriental, siendo preciso que no sienta usted injustificadas impaciencias.

**E. M.**—Se recibió su cupón y desde luego entró en suerte.

**La luanquesa.**—Digo á usted lo mismo que á la consultante anterior.

**J. E.**—Traslado su ruego á la sección de dibujos.

**Una morenita.**—Con la receta de la cerveza tibia para favorecer el rizado del pelo, no hacen falta horquillas rizadoras.—Recomiendo su ruego en la sección de dibujos y le contesto

que sus cupones entran todos en suerte.

**M. P.**—Recomiendo su ruego en la sección de dibujos.

**I. Bufo.**—Se recibió el cupón. Para lo de los patrones que desea particularmente, dirijase á la Administración.

**Violeta.**—Los franceses dicen *sachet* y no *sacé*, como usted escribe. En España ¿por qué no decir saquito ó almohadilla? ¿Que no sabe usted lo que es? Lo habrá visto cien veces. Se trata de una laborcita de adorno, para guardar guantes, pañuelos, cintas. Son dos hojas de raso guateado, sujetas por cintas. En el raso suele pintarse ó bordar. No puedo aconsejarle qué clase de labor le gustará á su amiguita. ¿CÓMO voy á saberlo?

Para la hermosura del cutis son muchas las recetas que existen. Dígame, determinadamente, qué es lo que trata usted de corregir y le aconsejaré entonces con todo detalle.

En nuestro poder su cupón, que desde luego entró en suerte, y desde las oficinas administrativas habrá recibido usted respuesta á lo que en su carta dice acerca de su abono al periódico.

**Gaditanx.**—No es posible encontrar el alivio tan rápidamente. Forzoso es que tenga constancia y que no se impacienta. Lo que le recomendé tiene virtudes admirables para lo que usted trata de combatir.

**R. M.**—Se recibió su cupón para el sorteo de regalos, y tengo usted la seguridad de que he recomendado eficazmente su ruego particular en la sección de dibujos.

**S. L.**—Dirijase á Madrid.

**Gloria á España.**—Ni la ortografía ni la letra son malas ni mucho menos. Entiendo que el mejor tónico para el cabello son las fricciones de ron quina, pero teniendo constancia en usarla á diario.

La fórmula de un excelente elixir dentifrico es como sigue:

Timol.....	1 gramo.
Mentol.....	1 —
Alcohol de menta.....	10 gramos.
Cochinilla.....	2 —
Alcohol de 90 grados....	1 litro.

La receta para hacer extracto de piel de España, es la siguiente:

Alcohol de 90 grados....	1/2 litro.
Esencia de azahar.....	10 gra. os.
Idem de rosas.....	10 —
Idem de sándalo.....	50 —
Idem de verbena.....	2 —
Idem de bergamota.....	2 —
Idem de espejito.....	2 —
Tintura de benjuí.....	5 —

**Inútil.**—Sí, se usan mucho los zapatos de hebilla. Los postizos—para la mayoría de las mujeres—son indispensables. El moderno peinado los hace casi im-

prescindibles. El Agua de la Juventud no es ninguna pintura. Sus aplicaciones son muchas. Dígame qué quiere usted combatir y la contestaré detalladamente.

**Caligula.**—¡Qué miedo! Su carta me indica que es usted muy aficionada al estudio de la historia ó que por lo menos ha leído *Quo Vadis*.

Emplee, como tinte rápido y que no daña la salud, la receta del *Jouvence*.

Contra lo que me dice de esa señora, no hay más remedio que competir con Job.

**P. S.**—Ya habrá usted visto en el periódico cómo sus ruegos fueron complacidos.

**Una tonta ce capiro'e.**—No hay más que llenar el cupón con el nombre, domicilio y punto de residencia de la suscriptor, y remitirlo, bajo sobre, dirigido al Administrador de LA MODA PRÁCTICA, Colegiata, 7. También puede usted entregarlo personalmente ó echarlo en el buzón que hay en la portería del periódico.

La letra un poquitito desigual, vamos, así como de niña de colegio, y la ortografía cosa precisa de reformar, aprendiendo más. Digo todo esto porque usted me pide con insistencia que le dé un consejo leal.

**Una morena alegre.**—Desde la administración le habrán respondido cumplidamente á cuanto deseaba.

Por lo que respecta á las preguntas que hace á la Secretaria, es mi opinión que, no obstante haberle salido tantas canas, dada la juventud de usted, me parece que no debía usar tinte alguno, y si que por medio de ligerísimas lociones de Agua Oriental iguale el color de los cabellos, decolorándolos, no tiñéndolos.

Contra las pecas es de resultados indudables, á poca constancia que se tenga, el empleo del Agua de la Juventud, inofensiva en absoluto.

No creo que nadie deba adoptar el peinado de moda si no le «va bien» á su tipo y á su cara. Péñese usted de la manera como más bonita se encuentre.

**M. de A.**—Como habrá podido ver en el periódico, quedó usted complacido.

**Aurora.**—La receta para hacer extracto de violeta es como sigue:

Alcohol de violeta....	100 gramos
Alcohol de iris.....	50 —
Alcohol de rosa.....	50 —
Esencia de violeta....	50 —
Esencia de iris.....	1 —

**Una que nació en el camino de Ocaña.**—En mi concepto es absolutamente incompatible el beaterio del hábito y la coquetaría que denuestra usted al preguntar tantas cosas para falsearlo.

**Milagros.**—Vea usted lo que en este mismo número aconsejo á *Una morena alegre*.

**Fav rita.**—Tenga la bondad de ver lo que en este mismo número recomiendo á una suscriptora contra las pecas. Lo que usted tiene desaparecerá con la misma fórmula.

Acerca del peinado, digo lo de siempre: el que mejor siente.

**Rakú.**—Si quiere tener la cara y las manos blancas y suaves como el nácar, use la crema *Izur*, que encontrará, Carmen, 2.

**Una elegante.**—Puede casarse de blanco, interrumpiendo el luto por ese día.

Con *toilette* de viaje es indispensable el sombrero. No invitando á la ceremonia, claro es que hay que participar el enlace después de efectuado. Vea usted las crónicas de modas que todos los números publica en LA MODA PRÁCTICA «La Condesa Flor de Lis».

**M. P. de G.**—Los cupones para el sorteo de regalos deben dirigirse á nombre del administrador, así como también él es quien tiene que responderle acerca de los otros extremos de su carta.

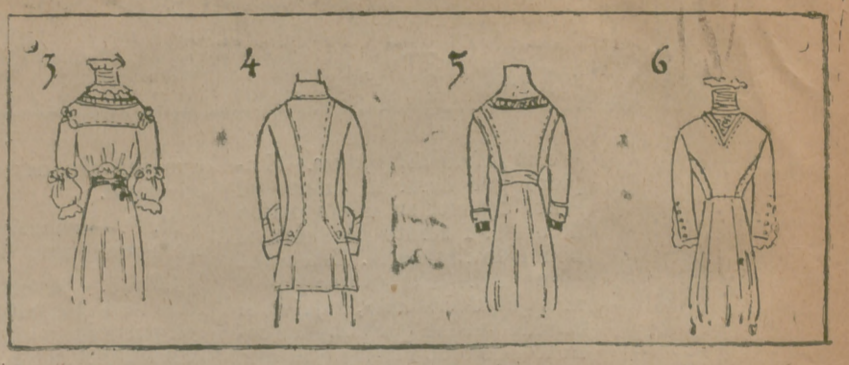
**Una madrileña trasplantada.**—En efecto, sé de un buen procedimiento para limpiar los bronceos dorados; pero es complicadísimo y de casi imposible aplicación casera. Existen—y son muy conocidas—unas fajas higiénicas que venden en todas las corseterías.

Para combatir los estados catarrales y las propensiones á la constipación crónica, da muy buenos resultados la tisana de flores de violetas. El cocimiento de las raíces de esta planta posee propiedades muy activas y es un ligero emético. Hiérvanse veinte gramos de raíces en un litro de agua durante media hora y mézclese con un poco de leche. Para lo de la conjuntivitis consulte con el médico.

**Arco Iris.**—Huelgan las explicaciones que me da usted acerca de lo «del gorro». Por lo demás, no se podía decir de mi respuesta enfado alguno. Es que me figuraba que hacía usted un chistecito.

No saldrán modelos de gorros en la sección de dibujos, porque la verdad, ¡son tan feos! Las pieles blancas se suelen limpiar con harina; pero no quedan muy bien que digamos y, sobre todo, sueltan polvo. La receta de los polvos *toujours vingt ans* es muy recomendable en particular por su mucha adherencia. No tema usted molestarme, que á usted y á todas las suscriptoras respondo con verdadero gusto.

La Secretaria.



# La Moda Práctica



## El estanque misterioso.

La aldea X..., próxima á Sevilla, está formada por una pequeña agrupación de casitas muy blancas, los prados que la circundan son tan verdes como azul y diáfano el cielo, las flores brotan hasta en los peñascos, y tres ó cuatro arroyos serpentean por aquellos campos de esmeralda pudiéndose por tanto formar idea de la belleza del conjunto que este pueblecito ofrece á la vista. Sólo hay en sus cercanías un edificio que forma contraste, por su elevación, arquitectura severa y sombrío aspecto en general, con las alegres viviendas de los aldeanos, pues de éstas, cada reja es un jardín, según trepan por ellas madreselvas y enredaderas, mientras que en los vetustos muros de aquél, apenas si se destaca alguna que otra hoja parietaria.

Este edificio, hoy ruinoso, fué un tiempo convento de numerosa comunidad de frailes; hoy sólo restan de él los espesos murallones, ennegrecidos por la acción destructora del tiempo, y la alta torre, en la cual, en vez de resonar el sagrado bronce, lanzan á los aires sus lúgubres graznidos

Vestido de visita para señoras.



Cuerpo con guimpé de tul dibujado por un encuadrado de bandas bordadas, con mangas cortas y submangas de tul, con puño de entredós. Cintura alta drapeada en satén. Falda de cola guarnecida por delante de un tablero bordado en forma de estola.

las aves nocturnas al buscar asilo en las desvencijadas vigas, que amenazan ceder por completo al peso de la techumbre. A espaldas del convento, y como ancho y profundo foso del mismo, hay un estanque, cuyas aguas cenagosas están cubiertas por espesa capa de ova.

A poca distancia de la aldea se alza una modesta ermita, habitada para iglesia, en la cual se venera la imagen de Nuestra Señora del Carmen, á la que los aldeanos han dado en llamar la Virgen de los Jazmines, sin otro fundamento que el de estar el templo rodeado de numerosas plantas de estas pequeñas y aromáticas flores, de las que, como es natural, hay un derroche en el altar, ya en ramos colocados en jarras de porcelana, ya en arcos que adornan el camarín, ya esparcidas á granel sobre el blanco mantel. La pequeña campana lanzaba á los aires con apagado sonido el toque de oración cuando la diligencia que me conducía pasaba por delante de la iglesia, refrenando el mayoral el galope de los caballos, que habían hecho en aquel día una jornada demasiado larga y penosa, por lo accidentado del terreno.

Era una tarde calurosa, la noche avanzaba, y comenzaba á dominar en el campo ese silencio misterioso que sólo interrumpen el ruido de las hojas, las campanillas de los ganados y el cri-cri monótono de las ranas. Allá, á lo lejos, se distinguía el pueblo, pudiéndose ver claramente el humo que, formando espirales, salía de las chimeneas, que indicaba vida, seres que luchan por la existencia.

Allá, en el fondo, ¿sabe Dios cuántas pasiones, cuántas luchas, cuántos rencores, cuántos pesares, cuántas lágrimas se ocultan! Pobres de los vecinos el día que todas esas pasiones, luchas, rencores y lágrimas salen á la superficie.

A los diez minutos de haber pasado por la iglesia nos encontramos en la aldea, y descendía de la diligencia, á la puerta de una casa de dos pisos, que por palacio podría pasar, y pasaría, seguramente, entre las demás.

Un mozo alto, moreno, de franca y expresiva fisonomía, salió á mi encuentro, y á él entregué las cajas y maleta que traía en el coche y que constituían mi equipaje.

—¿Y las señoritas—pregunté á dicho mozo—, cómo es que no han salido ya, para abrazarlas?

—¡Ay, señorita! No crea usted—me contestó—que es por falta de voluntad de la señora; pero ha tenido el otro día una caída muy mala al bajar las escaleras y se ha hecho mucho mal en una pierna.

—¡Pobre Rosario! ¿Conchita? ¿X D. José?

—El señor y la señorita Concha han ido á llevar una vela á la Virgen de los Jazmines.

El mozo entró conduciendo mi

equipaje, y yo pasé al patio y subí la escalera deseosa de abrazar á la dueña de la casa, íntima amiga y compañera de colegio, de una bondad de alma y tan cariñosa para mí, que yo no tendría frases, tratándose de su afecto, para ponderarlo y agradecerlo.

Con efecto, sentada en un sillón y con la pierna derecha tendida en una silla, hallábase mi buena amiga, la que, al verme, intentó un esfuerzo para levantarse, cosa que pude impedir realizara poniéndola una mano en el hombro, mientras con el otro brazo la estrechaba fuertemente contra mi pecho.

—Quieta, quieta—la dije—; bueno fuera que en tu estado, y tratándose de mí, vinieras ahora con cumplidos.

—La alegría de verte—me contestó—me ha hecho olvidar que soy persona inútil; ¿crees tú que si no hubiera sido por esta pícara pierna, al oír tu voz en el portal no hubiera «volado» á salir á tu encuentro y abrazarte?

—Ya lo sé, mi querida Rosario. Lo que siento es el motivo.

—¿Te habrás aburrido por el camino, verdad?

—Nada de eso—la interrumpí—; puedo asegurarte que más bien me ha parecido paseo lo que ha sido viaje. ¡Cuidado que es bonito el panorama de esta aldea desde el puente! Pues, ¿y esos prados en que hay más amapolas que hojas? ¿Y la iglesia, cuyas paredes tan recubiertas están de enredaderas y jazmines?

—Ya te lo tenía dicho—me interrumpió mi amiga, mostrando gran contento de mis palabras—. Ésto es bonito, y sobre todo muy sano. Cuando nosotros, que con nuestra renta pudiéramos, gracias á Dios, vivir en Madrid, nos hemos venido á esta aldea, no habrá sido á humo de pajas, que se dice vulgarmente. Aquí mi Conchita está otra, pues allá ya sabes que con los bailes y demonios coronados, se me quedó tan flacucha y descolorida que no daba nadie un maravedí por su vida; así es que, como no sea de temporada, y corta, de aquí no nos sacan ni á tirones, y...

La entrada de D. José y Conchita no permitió que mi amiga prosiguiera. Sufrí de Conchita un sin fin de abrazos y caricias, y de ambos un chaparrón de preguntas, especialmente de Conchita, y en esto llegó la hora de cenar, de lo cual tenía yo más gana que de contestar á las incessantes interrogaciones de padre é hija, á pesar de ser ésta una andaluza de preciosos ojos negros, digna, como decía el insigne Campoamor, de ser morena y sevillana.

Terminó la cena, que fué espléndida; Conchita se despidió para irse á recoger; D. José hizo lo propio, para irse un rato de tertulia á la botica, en donde se reunían todas las noches el «elemento político é intelectual» del pueblo. El alcalde, el señor cura, el médico, el juez y un indiano de gran fortuna.

Una vez quedadas solas mi amiga Rosario y yo, me rogó que la colocara en una butaca junto al balcón, por el cual entraba un

fresco agradabilísimo. Hicelo así, y de nuevo entablamos conversación.

—¿Con que has venido—me dijo—por el camino de la ermita?

—Sí, pues el coche no pudo venir por el camino de la herradura, por no sé qué accidente ocurrido en la carretera.

—No sabes lo que me alegro, pues así te has evitado pasar por el estanque donde está el demonio.

—Pero, ¿el demonio está en un estanque?—la interrumpí.

—¿Que si lo está? Ya lo creo—me contestó, con la mayor formalidad—. Yo creía que tú sabías esto, que yo te lo había contado

—No, y ya me tienes con más curiosidad que una criatura por saber lo que es eso.

—Pues yo te lo contaré; pero colócame debajo de esta pícara pierna la almohada que está en el sofá, porque se me están clavando las eneas de la silla que es un gusto... digo, un gusto no, sino una mortificación.

Satisface el deseo de mi amiga, y ésta me relató la siguiente tradición, que yo escuché con la atención más grande.

—Había en este pueblo una moza muy guapa, por la que estaban

Vestido de lana para señoritas.



Cuerpo abierto sobre un canesú guarnecido de puntilla y un galón de *s'utache* y fruncido sobre la cintura. Falda corta y redonda bordeada de un biés de satén del mismo color que la tela del vestido, y recubierta de una túnica ligeramente fruncida, con guarnición al biés de satén, que remonta en dos tableros ó patas hasta el pechero del cuerpo.



todos los mozos perdidamente enamorados; pero ella tenía amores desde muy niña con un primo suyo que fué al servicio militar, y le juró al separarse que esperaría su vuelta, por largo tiempo que tardara, pues de nadie había de ser sino suya.

Por este tiempo el convento que habrás visto allá junto al monte estaba ocupado por frailes, y entre ellos existía uno á quien llamaban fray Manuel, que visitaba mucho la casa de la joven en cuestión. Como aquí en la aldea nada se escapa, empezaron muchos á decir si el tal fraile, que era obeso y coloradote, había adelgazado y perdido el color, y cambiado su carácter de dulce en avinagrado. Por último, se murmuró tanto y tanto de si todo esto era porque fray Manuel andaba enamorado de María Antonia, nombre de la muchacha, que ésta no volvió más al convento, y aconsejó á su padre que prohibiera la entrada del extraviado fraile en su casa, no por miedo á su persona, pues que buenos puños tenía para defenderse, sino por temor á las lenguas murmuradoras.

Los que tenían confianza con los frailes oyeron contar á éstos que fray Manuel parecía estar loco ó endemoniado, según las cosas que hacía y decía sin paramientos de la ocasión ni del sitio, pues á las veces daba en blasfemar de una manera que escandalizaba, sin que saludables penitencias que se le impusieron consiguieran apartarlo del mal camino en que la fascinación de sus sentidos le había colocado.

Una noche, cuando la campana tocaba á maitines, los religiosos escucharon, sobrecogidos de espanto, el ruido que produjo en las aguas del estanque la caída de algo que debía ser de peso, y coincidiendo este extraño suceso con la falta de asistencia de fray Manuel á los rezos de la primera de las horas canónicas, se le buscó por todo el edificio, encontrándose abierta la única ventana que daba al estanque. No había duda; fray Manuel se había arrojado á él.

Al siguiente día se buscó gente para que bajase al fondo del estanque y extrajera el cuerpo del suicida; pero nadie, ni á peso de oro, se atrevió á tal empresa.

Aquella noche, algunos frailes oyeron gemidos lastimeros que salían del fondo de las aguas; tres días se repitió esto, y después de ellos no volvió á escucharse nada.

Al poco tiempo los frailes hicieron otra fundación y abandonaron aquel convento, con la amargura del recuerdo de tan triste suceso, que impresionó, como es natural, hondamente á aquella comunidad; pero en seguida que el edificio fué abandonado, los aldeanos comenzaron á decir que otra vez salían del estanque los lamentos de fray Manuel.

En esto, el novio de María Antonia había vuelto del servicio, y más enamorado que nunca de ella, cuya virtud nadie puso en duda un momento, pensó hacerla su esposa, y muy pronto.

Arreglando como arreglan los novios estas cosas, se pasaban

las tardes charlando y más charlando, recorriendo en «amor y compañía» todos los caminos, senderos y prados donde podían hablar con libertad, pues gusta poco de testigos el amor, por honesto que sea.

Una tarde, después de haber visitado á la Virgen de los Jazmines, de cuyo altar cogió algunos de éstos, con los cuales se hizo por el camino un primoroso collar, se dirigía con su novio á dar el acostumbrado paseo; pero, sintiendo sed y cansancio, le rogó que de un manantial, que debía estar cerca, pues se escuchaba el ruido de la vertiente, le trajese agua en un vasito que ella acostumbraba á llevar, mientras descansaba en una piedra que la casualidad, al parecer, pero la fatalidad en realidad, parecía haberla deparado allí donde se hallaba, para reponer sus fuerzas, abatidas un tanto por lo largo del paseo.

El novio se alejó, y á poco María Antonia, al verse sola, sintió cierto escalofrío, luego miedo y después terror, pues al volver la cabeza hacia atrás, creyendo haber percibido ruido, vió que se hallaba á sus espaldas el estanque del convento. Se puso con rapidez en pie y quiso correr, pero las piernas le flaqueaban. De pronto, un bulto negro surgió de las aguas: era fray Manuel, con la cara de un sátiro, con los brazos muy largos y con el pelo erizado de un modo que completaba lo horrible de su figura.

María Antonia dió un grito y cayó desmayada, dando con su cuerpo tan al borde del estanque que por misericordia divina no cayó en él.

El fraile endemoniado quiso arrastrarla al fondo de las aguas; pero al aproximarse á ir á asirla, retrocedió violentamente, y rugiendo de cólera se sepultó de nuevo entre la ova y el légamo del estanque.

El collar de jazmines estaba bendito, pues que del pie de la Virgen los había cogido María Antonia, y el réprobo no podía menos de humillarse ante él.

En esto regresó el novio, el que al ver á su amada, á María Antonia, en aquel estado, grande fué su emoción. Tras largos esfuerzos logró reanimarla; pero al volver en sí, María Antonia, subyugada aún por la pavorosa sombra de fray Manuel, con incoherentes palabras relató á su novio la historia de aquel amor insensato del fraile maldito, sugestionando de tal forma la imagi-

nación del novio, que éste, por misterioso espejismo, obsesionado, creyó ver la sarcástica figura de fray Manuel sobre el légamo del estanque; aterrado, inmóvil, silencioso, sintió que por su alma caía, destrozándola cruelmente, la ilusión de su vida. Le pareció que aquella funesta sombra le retaba con sarcástica risa provocativa; los celos abrieron paso en su corazón, sintió como ciclópea maza que se recrease en ir aplastando los ensueños y los amores que por su alma habían cruzado.

El fantasma pavoroso fué levantándose en su corazón, abrazándose, destrozándose, volviéndole loco. Creyó ver al sátiro fraile intentar asir á María Antonia y arrastrarla al fondo del estanque. Retorciose como un león; de sus chispeantes ojos figuró el rayo del odio, y buscando entre las dobleces de su faja, su mano hizo relucir, á los crepúsculos rayos del sol mortecino, los siniestros reflejos de un puñal; y por esa extraña remembranza de los pensamientos, por esa lógica misteriosa que encadena y enlaza los hechos triviales á los hechos horrendos, inconsciente, sin percatarse de lo que hacía, intentó arrojarle á las cenagosas aguas del estanque. Con un supremo esfuerzo, María Antonia quiso contenerle; pero éste, sombrío, fiero, chispeantes los ojos por la calentura, la empujó sin hablar; pero ella, sujetándole con sus brazos, con su cuerpo, se enroscó, se incurstó á él; su energía redoblaba la del novio; fué una lucha brutal; se desprendió él en una feroz sacudida, quiso lanzarse al estanque, desde donde el satánico fantasma de fray Manuel seguía retándole con provocadora risa; pero ella pudo asirle de una mano nuevamente, tiró él para soltarse conforme andaba, no le soltó ella y fué tras él arrastrando. El sentía en su mano febril aquella otra mano de la mujer amada, como una argolla de hierro caldeada; pudo ella ponerse de pie aún, lucharon de nuevo y con más furia: se hacían pedazos, él por soltarse, ella por contenerle; sin gritar, sin hablar, sólo se oían las respiraciones sordas, jadeantes, como de lobos hambrientos, mezcladas por una risa fúnebre del maldito réprobo del estanque. A los pocos instantes de esta titánica lucha cayeron los dos cuerpos, enlazados, abriéndose paso por la capa de ova que cubría las cenagosas aguas, como árbol que el vendaval destroza.

Al monótono ruido que éstas hi-

cieron para sepultar en su cenagoso seno aquellos dos cuerpos, contestó una carcajada lúgubre, estridente, satánica, como rugido infernal.

Al día siguiente algunos vecinos lograron, valiéndose de garfios de hierro, extraer del estanque los cuerpos de los dos desgraciados amantes. Estaban abrazados fuertemente, como si hubieran querido dar un mentís á la fatalidad que trató de desunirlos; y como asquerosa impedimenta llevaban adherida á sus cuerpos una masa blanducha, de rara forma, fuertemente enlazada al cadáver del novio de María Antonia; algunos de los emocionados vecinos creyeron distinguir en aquel montón de carne, en aquel bulto informe, el cuerpo de fray Manuel, en el que había sepultado un puñal hasta el pomo.

Desde que aconteció esto nadie se acerca al estanque misterioso, si no lleva como precioso talismán un ramo de los que adornan el altar de la Virgen de los Jazmines, pues es creencia de los aldeanos que todas las noches surgen de las aguas del estanque, entre blanquecinos destellos, las sombras de María Antonia y su novio, dejándose oír, como epitafio cantado, una sarcástica y estridente carcajada, lanzada por el maldito réprobo de fray Manuel.

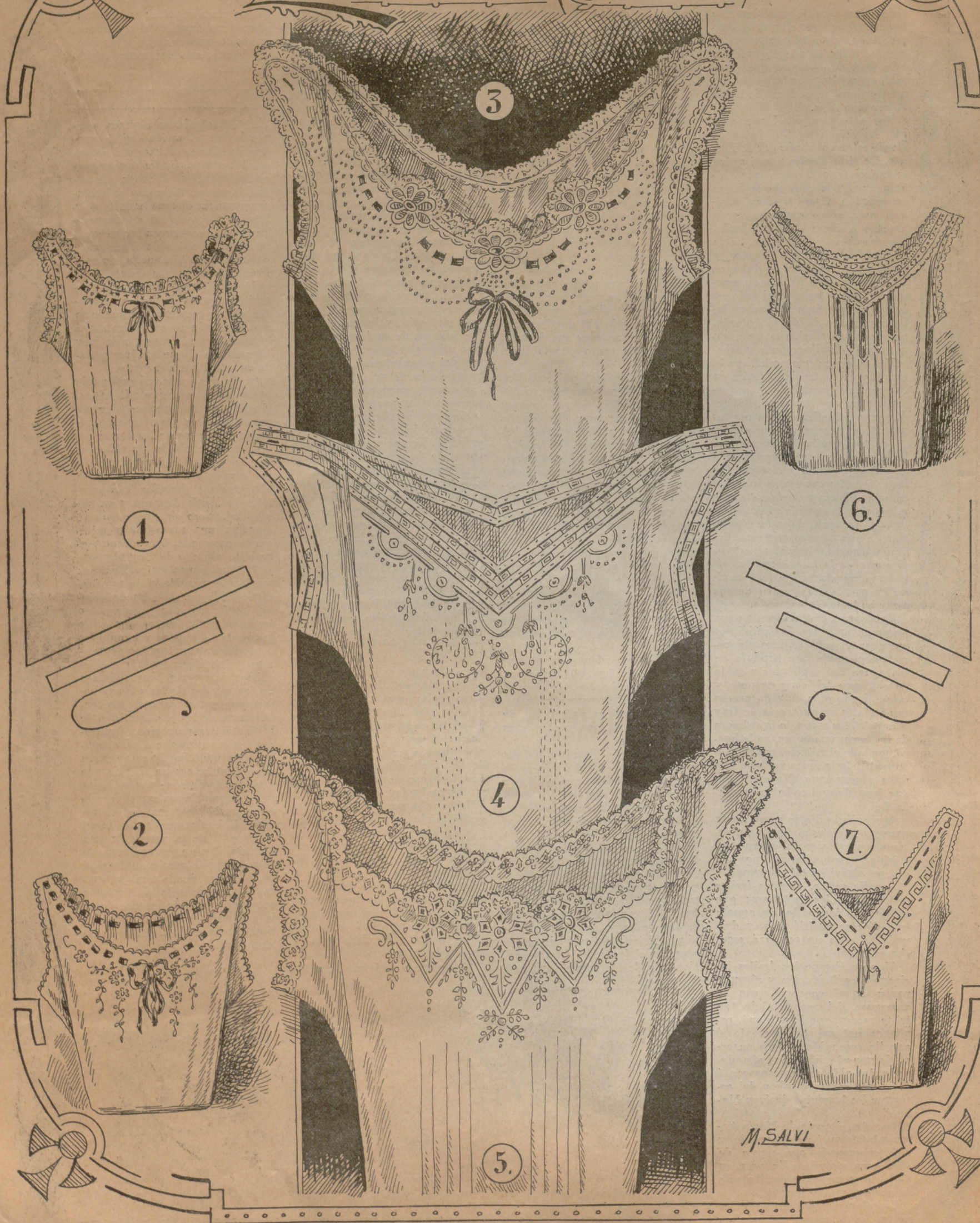
Calló mi buena amiga Rosario; quedéme maravillada de tan fantástica historia. A la luz de la luna, parecíame ver pasear sobre los tejados de las casas y sobre la cúpula del vetusto convento los espectros de aquel triduo de amores; melancólicas luces, como lágrimas de muerte, resplandecían en los calados de las ojivas; parecíame contemplar los ojos centelleantes de los protagonistas de la fantástica narración, figurándoseme oír vibrar en el aire sonatas lúgubres. Ningún ruido se oía en el pueblo, era un silencio que oprimía el corazón; venían hasta mí perfumes de azahar, el espacio me pareció poblarse de fantasmas, sintiendo apoderarse de mí el encanto de la poesía de esta historia. Con un gran esfuerzo de voluntad pude arrancarme de mi alucinación, viendo cómo la punta del campanario del vetusto convento se erguía imponente en la inmensidad solitaria y silenciosa, como dedo siniestro señalando á Dios.

ELVIRA ESTELLÉS MONTAGUD.



Modelo de bordado en seda de colores sobre raso blanco, para guarniciones de vestidos.

# Financeria fina (Camisas)



Número 1. Camisa de día, adornada de bordado á la mano, festón en el borde y encaje torchon.—Número 2. Camisa de día, en batista de hilo, con bordado inglés, festón en el borde y *Frou-frou* con cintas y lazos.—Número 3. Camisa de día, en batista de hilo, bordados á la mano, festoneada y adornada de Valenciennes.—Número 4. Camisa de día, adornada de entredoses y bordado inglés.—Número 5. Camisa de día, en tela fina, ornada de Cluny y bordados al realce y calados; dibujo original.—Número 6. Camisa de día, en tela chiffon, con pliegues finos y entredoses de Cluny.—Número 7. Camisa en tela fina, bordada á la mano, dibujo muy original, de forma muy abierta corazón.

M. SALVI



## Charlemos.

De los celos.

Apenas el amor nace, allí están los celos en germen. ¡Si no me quisieras!... ¿Quién no ha pronunciado alguna vez estas sacramentales palabras? Sin embargo, el orgullo debiera contenerlas en el momento de salir de nuestros labios.

Los celos hacen enloquecer y emponzoñan la vida de la persona que amamos, contribuyendo á que, nos tema y huya empavorecida de nuestro lado.

Estando celosa y teniendo motivos para estarlo, ¿debemos suscitar también esta pasión en aquel que nos los inspira? Peligrosa es, sin duda, esta ley del Tali6n; pero desde luego es preferible, en todo caso, á las persecuciones vindicatorias y á las intolerables escenas de violencia que á nada conducen.

Los celos, no obstante, cuando no son tiránicos, tienen su parte buena. Estimulan el deseo de agradar y nos invitan á redoblar los esfuerzos en nuestros primeros planes de seducción, siendo, en ocasiones, motivo de hacer que revivan los apasionamientos primeros.

Los celos—observó un gran poeta—son «el antídoto de la saciedad».

En definitiva, los celos exagerados no son más que una manifestación del orgullo, implacable enemigo del verdadero amor.

El orgullo, que en el fondo puede y debe ser escudo de

nuestra dignidad, á poco que nos descuidemos degenera en fatuidad y *pose* insoportable.

Déjese la mujer de estas arrogancias. Es por la dulzura únicamente por donde debemos dominar. En la solicitud y en la sonrisa reside todo el secreto de la influencia femenil.

Dejad las arrogancias para los campos de batalla, y no olvidéis que siempre será más grata la mujer que se muere de amor á la que, iracunda, fulmina celosas venganzas.

Ya lo dijo el poeta, simbolizando la dulzura y la fiereza en el color de los ojos azules como el cielo, ó negros como el delito:

«Si no me quieres, *te malo*,  
«dicen unos ojos negros.  
»Y dicen unos azules:  
»Si no me quieres, *me muero*.»

Y en amor, creedme, el hombre prefiere lo segundo.

## AMOR CAUTIVO

(MISIVA)

Ceuta.—A Málaga.—Querida Marineta. Encanto, vida, ser por mí siempre adorado; aunque preso, no te olvida tu Antonio desventurado.

Aquí me encuentro cautivo; pero el alma se me llena de ilusión cuando te escribo. ¿Tienes salud? ¿Estás buena? Yo estoy sano y estoy vivo.

Sufrimientos y pesares ni me abaten ni me agotan; me parezco á esos pilares enhiestos, aunque los mares los minan y los azotan.

Aquí, de mi reja al pie, el mar se revuelve fiero, y yo le admiro y le quiero; hablamos... no sé de qué; pero él es mi compañero.

El mar es mi único amigo; con mi desventura á solas, sólo á él mis penas le digo, y él se las lleva consigo y las repiten las olas.

Amarrado como un perro, mis esfuerzos, todos vanos, se anulan en este encierro; mi voluntad y mis manos

# Flora

Nombre de Flora para bordar en ropa de cama de niñas.

están sujetas con hierro.

¡Qué duro el grillo cruel!  
Cuando entramos nos aprieta,  
y en oprimirnos es fiel:  
contesta tú, Marineta:  
¿Eres tan firme como él?  
¿Me sigues queriendo? Sí...  
¿Confiaré en que me esperes?  
¿No me has olvidado, di?  
De seguro que me quieres  
como yo te adoro á ti.

Tu voz en mi oído suena;  
cómo adivinar tu pena;  
muy cerca de ti me siento,  
y creo que es tu lamento  
el ruido de mi cadena.

Desde mi prisión escucho  
tus llantos, tus oraciones...  
Y tú, ¿percibes mis sonos?  
Yo aquí canto, canto mucho.  
¿No oyes desde ahí mis canciones?

Canto coplas á diario,  
Y mi voz vaga á través  
de ese mar tan solitario...  
¿Si vieras qué triste es  
el canto del presidiario!

Mas Dios está de mi parte  
y al fin va á hacerme justicia:  
Marineta, has de alegrarte  
porque la que voy á darte  
es una buena noticia.

Me sale al rostro el contento,  
que hasta hoy se guardaba oculto;  
cese ya tu sufrimiento:  
por mi buen comportamiento,  
me han concedido ¡el indulto!

Pronto saldré. ¡Fuera penas!  
Preso ahora en tus dulces lazos,  
tendré, si tú me condenas,  
por amorosas cadenas  
las cadenas de tus brazos.

RAFAEL MAROTO.

## A LA MODISTILLA

A vosotras, modistillas que leéis este semanario, tan útil en vuestro oficio, os dedico el presente artículo.

Vosotras sois la nota más alegre de la ciudad; habéis sabido hermanar el trabajo y la alegría; sois felices, reis siempre, sin que logre entibiar esa risa las diez horas de trabajo diario.

Ya el obrero no ríe; en su cabeza germinan no sé qué ideas... asociación... mitin... resistencia... burguesía.

Este es el siglo de la seriedad, de la continua preocupación. Vosotras os burláis del mal humor, y mientras todos piensan.. reis, reis siempre.

Yo os admiro cuando algún día madrugo, y á las ocho os veo cruzar airoas las calles de la ciudad, con vuestro peinado lleno de bucles, que se cruza por vistosa cinta de seda; vuestro mant6n de fleco, ciñendo las adorables curvas de un cuerpo ideal, y vuestras caras frescas, donde no se advierte la más ligera sombra de sueño, el más pequeño cansancio. A esas horas, si no váis con el novio, marcháis de

prisa, sin fijaros apenas en los piropos que, empleados y estudiantos, os dirigen al pasar.

Cuando verdaderamente sois temibles es á la una, á la salida del taller. Todas juntas, retozonas, marcháis hacia vuestra casa, y ¡ay del desdichado que caiga en vuestras manos!; burlas, risas, hasta insultos, si sus palabras no son de vuestro agrado. Siempre tenéis una contestación oportuna que dar; todo menos callaros. A veces la lengua, á pesar de ser arma temible en vuestro poder, es poco para castigar á un insolente, y os servís de la mano; pero alegres, sin enfados, pegáis fuerte, pero pegáis riendo. Con vosotras es imposible incomodarse.

El estudiante os adora. El es joven, vosotras sois bellas, y la juventud y la belleza fraternizan fácilmente. Donde haya una modistilla, él no se aburre jamás. Hace verdadero derroche de ingenio para agradaros, porque también, os lo digo, la mayoría de vosotras sois exigentes, no se os agrada con facilidad; para que sorriais es preciso hacer un terrible alarde de chistes y agudezas. Sois dos de los caracteres más parecidos de la sociedad.

La modistilla francesa, de fama universal, queda empujeñada á vuestro lado. El calor, el aire, la alegría, el genio de la modistilla española, no se encuentra en ninguna otra parte del mundo. Es algo propio de nuestro pueblo; es algo que Goya hubiera dibujado de admirable manera; algo que Mesonero Romanos os describiría fácilmente; algo que os engrandece y os hace dignas sucesoras de aquellas mujeres llamadas «Manolas», que ha un siglo, con su garbo y gentileza, pregonaron por el mundo entero la fama de la mujer española.

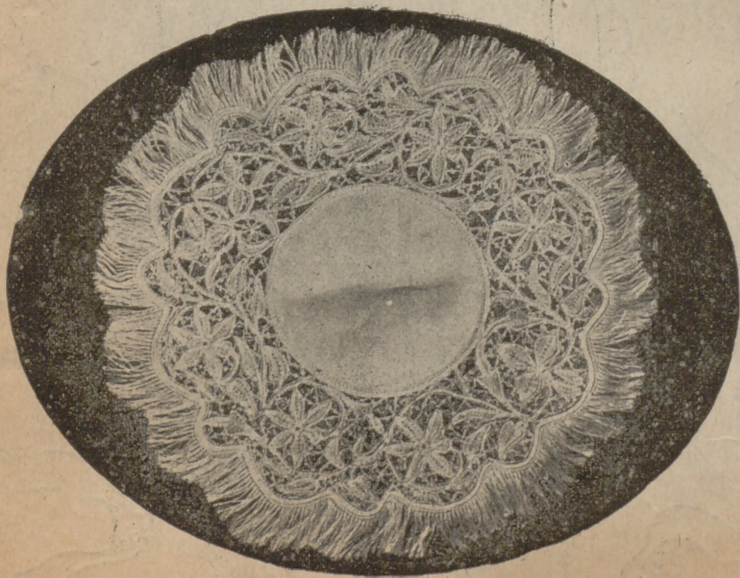
Por eso yo os admiro cuando algún día madrugo y á las ocho os veo cruzar airoas las calles de la ciudad, con vuestro peinado lleno de bucles, que se cruza por vistosa cinta de seda, vuestro mant6n de fleco ciñendo las adorables curvas de un cuerpo ideal, y vuestras caras frescas y alegres; con esa alegría que no logran entibiar las diez horas de trabajo diario.

FERNANDO DE LA SOTA.

## A NUESTRAS SUSCRIPTORAS RECOMENDAMOS LAS SIGUIENTES CASAS

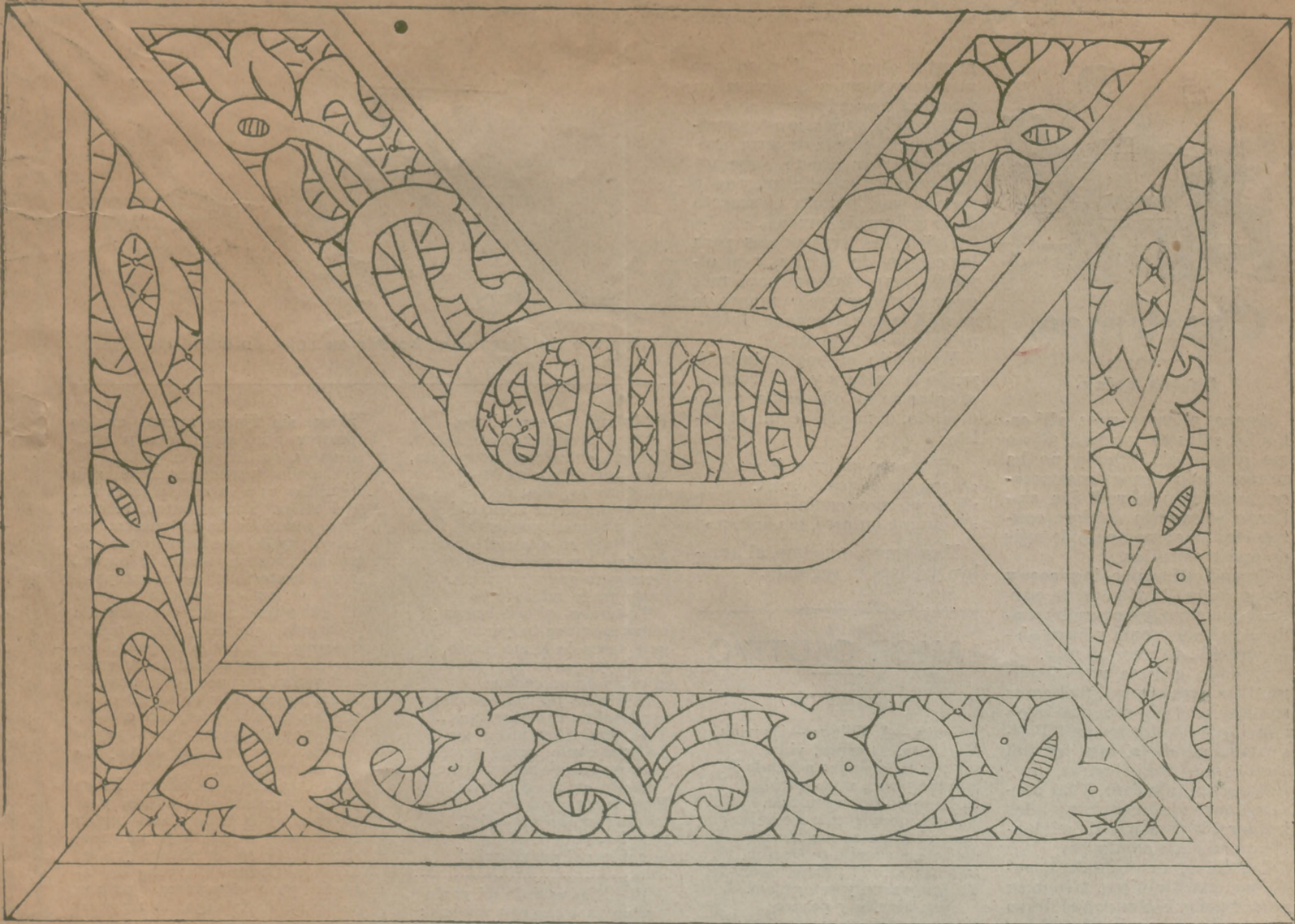
**Novedades** para señoras. Encajes, confecciones, lanería. *Martín G.<sup>a</sup> Labiano*. Plaza Santa Cruz, 1. Esquina á la de Bolsa.

**Academia** de corte para señorita. La más perfecta enseñanza. *Villanueva*, 17. Madrid.



Cubre frutero de hilo crudo estilo árabe.  
(Dibujo de la señorita Pilar Huguet.)

1.



(Sache)

M. SALVI.

